

diversos, experimentados con imaginación y una creatividad sin muchos precedentes en la narrativa uruguaya”.

En “Catarsis liberadora y tradición reasumida” se estudia la obra de Walter de Camilli, Omar Prego Gadea, Juan Carlos Legido (nuevamente), Matilde Bianchi, Manuel Márquez, Elvio Gandolfo, Leonardo Garet, Mario Delgado Aparain, Manuel García Rey, Ricardo Prieto, Alicia Migdal, Suleika Ibáñez, Claudio Invernizzi, Hugo Burel, Juan Carlos Mondragón, Rafael Courtoisie y Fernando Loustanau. Señala Ainsa—a quien le debemos valiosos estudios sobre la nueva novela histórica— el esfuerzo demostrado por varios autores por recuperar una “identidad fracturada”, esfuerzo que se traduce, tanto por una narrativa del “tiempo presente”, orientada hacia el exilio exterior e interior, visible sobre todo en los años sesenta, como por unas novelas de los años setenta y ochenta, que versan esencialmente sobre temas de la conquista, la colonia o el período de la Independencia, utilizando todos los recursos de la reescritura anacrónica, irónica o paródica, en particular el *pastiche*. En este campo, sobresalen las novelas de Napoleón Baccino Ponce de León, Saúl Ibagoyen Islas y, sobre todo, Alejandro Paternain.

Los capítulos 4, 5, 7 y 8 no son panorámicos sino monográficos ya que viene dedicado cada uno a una figura maestra de la literatura uruguaya moderna o contemporánea, Cristina Peri Rossi, Eduardo Acevedo Díaz, Enrique Amorim y Juan Carlos Onetti de los que Ainsa sabe extraer lo enjundioso, específico y original. El capítulo 6, “La aldea escandalizada”, significa una mirada hacia atrás al detenerse el autor en los años veinte, un momento fundamental de la narrativa, cuando “surgen con nitidez las dos tendencias a través de las cuales se enfrentará la literatura uruguaya hasta el período “integrador” de los años sesenta: la literatura rural (raigal y nacional) opuesta a la literatura urbana (acusada de desarraigo y superfluo internacionalismo)”. Aprovecha Ainsa la ocasión para rehabilitar o celebrar los autores olvidados de los años veinte, como Mateo Magariños Solsona, “un pionero en la conquista narrativa del espacio urbano”.

Todo estudio panorámico, todo manual de literatura —y el libro de Ainsa lo es— es, por definición, un estudio *subjetivo* que implica forzosamente olvidos o sobrevaloraciones. Tal vez nosotros le hubiésemos concedido menos espacio a Peri Rossi y más a Benedetti. Pero ésta sería la excepción que confirma la regla. Los otros autores mencionados nos parecen ocupar en el libro la importancia que les corresponde en la historia de la literatura. Sin lugar a dudas, *Nuevas fronteras de la narrativa uruguaya* aparece ya como el manual de referencia obligado, *incontournable* —como dicen los franceses—, el libro *necesario y novador* que cualquier estudioso debe consultar para adquirir una visión y una comprensión sintética y justa de la literatura uruguaya.

CLAUDE CYMERMAN

JOSÉ ISAACSON. *La industria cultural*. Buenos Aires: Marymar, 1993.

Este libro será considerado por muchos como un brulote. De entrada, las dos palabras antinómicas que subtienden el título, *industria* y *cultura*, dejan entender lo que *no debiera ser* la cultura, o sea, una industria. Y toda la tesis de Isaacson vendrá a demostrar hasta qué

nivel de mercantilismo se ha rebajado lo que debiera ser la más alta aspiración del hombre, el afán de cultura y elevación espiritual. El escritor no anda con contemplaciones y arremete de buena gana —servido por un humor saludable y corrosivo— contra los “mercaderes del templo”. Ideológicamente, el panfletario coloca a la izquierda y a la derecha políticas en un plano de rigurosa igualdad. Son así responsables de los fundamentalismos e integristas que nos abruma tanto la filosofía consumista del Occidente como la economía militarizada de los países del Este. Ambos utilizan el dogma como sustento de manipulación y se valen de la prensa (o los *mass media*) como medio de desinformación. Pero, de todos, el agente más nocivo es sin lugar a dudas el populismo, esta “vieja enfermedad social” que halaga las mesas para mejor manipularlas. Además —acota— “cuanto mayor es el subdesarrollo, mayor es la virulencia [de la ideología]”. E Isaacson, haciéndose eco de Herbert Read, insiste en que “el poder tiende a corromper; el poder absoluto corrompe absolutamente”.

“Quienes realmente desean la liberación de los pueblos —recalca el escritor— deben profundizar las distintas vertientes culturales que nutren las artes y las ciencias de nuestro tiempo”. Por lo visto, dicha preocupación no es la de nuestros gobernantes. Para Isaacson, la misma noción de “cultura de masas” es antinómica, contradictoria, engañosa. Y lo expresa en el estilo nítido y rotundo que lo caracteriza: “No existe una *cultura de masas*, como si dijéramos, segregada *por* las masas; tampoco existe una cultura *para* las masas. Lo que sí existe es un *ersatz*, un sustituto. Este sucedáneo, designado *cultura de masas*, desempeña una importante función como factor coadyuvante de alienación y es el resultado de una industria que, como toda industria, fabrica una mercancía [...], una mercancía cuyo objeto es la distracción, la *diversión*. [...] Es una forma actualizada del circo romano ...” En el fondo, el mayor reproche que se le puede dirigir a la denominada industria cultural es alienar al consumidor, el convertirlo en objeto. De ahí que se pueda afirmar que “quienes se ocupan por *democratizar la cultura* son ideólogos del populismo y están, por lo tanto, al servicio de la *cosificación*, que es como decir la *masificación* del pueblo. En definitiva, su ocupación es la manipulación reificadora, cosa que nada tiene que ver con el desarrollo cultural.

Pero el panfleto de Isaacson tiene sus partes positivas. El discurso puede volverse directamente constructivo al proponer una ética cultural y una definición de la misma cultura, la cual debiera consistir en “el conjunto de las actividades creadoras del hombre”. Isaacson centra su concepto de la cultura en la actitud filosófica más respetable y más fecunda, la *duda sistemática*, que nos protege de los integristas y totalitarismos y nos permite avanzar en el camino de la ciencia y del progreso. Abona por una concientización del hombre y una afirmación del perfil personal, capaces de integrar al individuo en una *sociedad de personas*. Conviene para eso que, dejando su habitual actitud mercantilista, los *mass media* acepten actuar como factores del cambio social. Probablemente no sea éste el más realista —y realizable— objetivo del lúcido y ponderado programa ideado por Isaacson. Pero tal vez sea el más noble y el más entusiasmante.

No falta en el panfleto-programa algún ataque contra la política anticultural de la que se hicieron responsables muchos profesionales. El libro denuncia así indistintamente “el populismo que hizo todo lo posible por interrumpir nuestro desarrollo intelectual”, “el descalabro creciente de nuestro sistema educativo, experimentado en todos los niveles de la enseñanza”, los sofismas de políticos pare quienes “aunque estemos mal vamos bien”, los

*mass media* que “funcionan como “voceros” del sistema y colaboran para consolidar el inmovilismo social”, “los interminables discursos antitecnológicos emitidos por los intelectuales”, o aún los que reducen la cultura al folklor, porque —acota Isaacson con este humor mordaz que es otro de los méritos del libro— “sería partir de un enfoque jibarizado de la cultura encorsetarla en límites reduccionistas”. Isaacson, es evidente, no perdona la demagogia, la impostura, la estafa y el terrorismo *intelectuales*. De paso denuncia —y su denuncia viene refrendada por muchos rioplatenses exiliados<sup>1</sup> —la mala acogida reservada por España a los intelectuales hispanoamericanos: “Salvo excepciones, generalmente explicables por razones (o sinrazones) políticas, contados son los intelectuales hispanoamericanos reconocidos en España, mientras que escritores españoles —no siempre de primera— son estudiados en escuelas y universidades con “enternecedora” sumisión filial”.

El libro, lleno de agudeza(s) y de referencias eruditas, que se deja de eufemismos y otras hipocresías para llamar al pan pan y al vino vino, es indiscutiblemente un libro denso, fuerte, valiente. Es probablemente lo más novedoso y estimulante que hayamos leído y disfrutado sobre el tema de la cultura en manos de los *mass media*.

CLAUDE CYMERMAN

OSWALDO HOLGUÍN CALLO. *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

Hay muchas biografías sobre Ricardo Palma, incluyendo las de Angélica Palma, César Miró y José Miguel Oviedo. Si agregamos obras de Luis Alberto Sánchez, Raúl Porras Barrenechea y otros que tratan su vida y sus obras literarias podemos ver que no son pocos los estudios biográficos sobre el gran tradicionista.

¿Por qué es preciso, entonces, escribir otra biografía? Oswaldo Holguín Callo, profesor de Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú, autor de varios artículos sobre Palma, opina que, a pesar de la extensa bibliografía sobre el ilustre peruano, “se extraña la biografía honda y documentada que corresponde a los dominios de la historia”. Así es que este libro, la tesis doctoral de Holguín, inicia esta tarea, cubriendo un período de veintisiete años, es decir, desde el nacimiento de Palma hasta que salió desterrado.

La organización del libro pide un comentario porque no es un estudio cronológico de la vida de Palma desde su nacimiento hasta 1860. La obra se divide en tres partes que se dividen en capítulos según lo que sigue: I. El Universo Germinal, con un capítulo sobre familia, infancia y sociedad, y otro sobre su educación y estudios. II. La Lid Literaria, con capítulos sobre la “bohemia”, la poesía, el teatro y la prosa. III. El Trabajo Comprometido, con capítulos sobre la vida marinera y el periodismo, que incluye mucha política.

Tal acercamiento permite al autor enfocar las actividades principales de Palma durante estos años sin perder vista de la época en que se realizan. Los que conocen la vida de Ricardo

---

<sup>1</sup> Véase nuestro artículo “La literatura hispanoamericana y el exilio”, en *Revista Iberoamericana*, 164-165 (julio-diciembre 1993).